

que se habia propuesto, D. Juan Nepomuceno Rosains habló con las personas de mas influjo y honradez para formar un cuerpo que obrase con la rectitud que correspondia á la causa proclamada, y merced á sus esfuerzos y al buen concepto que disfrutaba, logró reunir en quince dias cerca de ochocientos hombres, desde San Andrés hasta Nopalucan, y desde el pueblo de Quichula hasta Tepeyahualco. No participaban, por desgracia, de esas ideas de orden que honran á Rosains, otros jefes de cuadrillas que se habian levantado en aquellos mismos distritos, y cuyos actos vandálicos lamentaban todos los hombres honrados del partido independiente. Entre esos jefes «devorantes», como les llamaba Morelos, que no hacian ningun bien á la causa que pretextaban defender, cuando no era otro su objeto que vivir sobre la propiedad ajena, sin distincion de personas, se contaban Máximo Machorro, Arroyo y Bocardo. De estos dos últimos nos ha dejado un exacto retrato D. Carlos María de Bustamante en el tomo segundo de su *Cuadro Histórico*, que juzgo conveniente presentar al lector, por ser individuos de quienes me veré precisado á hablar repetidas veces en varias páginas de esta historia. Hablando de Arroyo, dice: «Conocí á este mónstruo, ignominia de la especie humana, y me espanto cuando me acuerdo de su horrible catadura. Era un campesino chaparro (1), cargado de espaldas, cara blanca y colorada, barroso, ojos negros y feroces, su mirar era torvo y amenazante: jamás se ponía el sombrero, sino bajándoselo mucho, en

(1) Chaparro se dice en Méjico al hombre de estatura baja.

términos de que costaba dificultad verle su aspecto sombrío y de mal agüero: su voz ronca: sus razonamientos precisos, su lenguaje rústico. Era un complejo de ferocidad y supersticion la mas grosera: afectaba mucha piedad y respeto á todo «padrecito», á quien besaba acatadamente la mano; pero no titubeaba en darle á un hombre un mazazo con un martillo de herrero en la mullera, dejándolo allí muerto, como lo hizo en su campamento de Alzayanga. Azotaba á los que tenia ^{1812.} Enero á Mayo. por espías, y lo hacia por su mano, teniendo el bárbaro placer de verles correr un chorro de sangre al primer latigazo: echábala además de justiciero: su pujanza era mucha, y á par de ella, su denuedo para entrar en una accion. Atacó la hacienda de Teoloyuca, junto á San Juan de los Llanos: su dueño, que era un español, sostenido con cien fusiles de Perote y mucho parque (1), se resistió mas de dos dias; pero cargado extraordinariamente por las partidas americanas, hubo de entregarse luego que Arroyo se hizo desprender sobre la casa por una reata, y entró con el «cintare» (así llamaba al sable), haciendo una cruel matanza, que llenó de cadáveres y dejó inhabitable el edificio por mucho tiempo, registrándose en sus paredes estampadas las manos de sangre. Hacíase llamar de «padre» por sus soldados, y los trataba con la dureza de esclavos. Su mujer era de color quebrado, valiente y digna consorte de tal marido. El nombre de Arroyo, cómitre, antes de

(1) En Méjico es costumbre dar el nombre de parque á las municiones, esto es, á los objetos de guerra, por el sitio en que están.

la revolucion, de la tlapixquera (1) de la hacienda de Ocotepec (segun hago memoria), ha dejado una nombradía de espanto en aquellas comarcas: la idea de semejante genio, repito, me hace estremecer. Su compañero, «Antonio Bocardo», de origen herrero y alguacil en San Juan de los Llanos, fué menos horrible para la nacion. Era un cobarde tan menguado y tonto, que se hacia llamar «coronel de coroneles, ó sea tonto de tontos»: ocupábase en avanzar (es decir, robar), antes que en matar hombres: el Sr. Morelos se divertia con la relacion de sus anécdotas, y pudo reducirlo al órden en lo posible, de lo que no era capaz Arroyo. «¡Desgraciada América mejicana!», exclama el mismo escritor, lamentándose justamente, como se lamenta todo hombre de bien, con los desmanes de los malos que pertenecen á su partido, «que tuvo por defensores de su causa á tales verdugos! El hombre de principios, como yo», agrega, «que se vió entre éstos, vivia en un continuo martirio, y estaba en gran riesgo si trataba de reducirlos al órden. ¡Cuántas veces mi vida estuvo á riesgo por semejante motivo!»

Sensible era, en efecto, que individuos que no tenian mas ley que su arbitrariedad, ni mas objeto que el de adquirir riquezas acosando á los pueblos por donde pasaban y apoderándose de cuanto en las haciendas de campo encontraban, militasen en las banderas de la indepen-

(1) Se llama tlapixquera en las haciendas de campo de tierra fria en Méjico, á la galera en donde se encierran de noche los operarios que han recibido dinero á cuenta de su trabajo, para obligarles á que lo vayan pagando. Este abuso ha disminuido ya mucho. La voz viene de *tlaxiquir*, que en el idioma azteca significa «el que guarda algo».

dencia. Ellos eran la rémora á la revolucion, y la causa de que muchas personas honradas que participaban de las ideas de los caudillos que enarbolaron la bandera de emancipacion, se retrajeran de tomar parte en el movimiento y aun de ponerse del lado del gobierno vireinal con el fin de defender la propiedad y las garantías sociales. El abogado D. Juan Nepomuceno Rosains estuvo mas de un año, como hemos visto, sin decidirse á tomar parte activa en la revolucion, no obstante su adhesion á la independendencia, detenido por los excesos y desórdenes cometidos por diversos jefes de partidas, y al fin entró en ella proponiéndose obrar de una manera diametralmente opuesta á los que solo servian para impedir el curso rápido de la empresa y extorsionar á los pueblos. En el caso del abogado Rosains se encontraban otros muchos individuos de moralidad y de acendrado patriotismo, que, viendo arruinadas las fincas de campo por los multiplicados jefes «devorantes», se creian en el deber de sostener al gobierno vireinal. Pero que hubiese en la revolucion varios hombres de sentimientos perversos, no arguye que la causa que pretextaban defender no fuese buena, ni que todos los que combatian por ella careciesen de nobles y elevados sentimientos. No creo, por lo mismo, que está acertado el estimable escritor D. Lucas Alaman, cuando al tocar este punto hace solidarios de los desórdenes de los malos á todos los que militaban por el principio que el cura Hidalgo proclamó en Dolores. Despues de copiar lo que D. Carlos María de Bustamante asienta de Arroyo y de Bocardo, dice: «Me he detenido en copiar en toda su extension este

pasaje, para dar á conocer qué especie de hombres eran estos jefes de la revolucion, pintados por un pincel que está libre de toda prevencion en su contra: Bustamante», añade el mismo autor, «por una singular ilusion, retrata con estos colores á todos aquellos que él conoció, y manifiesta la imposibilidad de reducirlos á un orden de cosas que no fuese una vida de bandidos, corriendo gran riesgo quien lo intentase, y al mismo tiempo se figura que los que no conoció eran otra clase de hombres, siendo así que Albino García, los Villagranes y casi todos los demás jefes de partidas de que hemós ido hablando, eran copias, mas ó menos semejantes, y algunas aun recargadas de este retrato de Arroyo y de Bocardo, con cuyas anécdotas se entretenia Morelos: ¿qué anécdotas podian ser las de tales personajes? ¡Y todavía Bustamante se lamenta de que su desgraciada patria no haya

1812. caido en tales manos! ¡Y ésta es la revolucion que se ensalza y aplaude! ¡Y éstos los hombres que se preconizan como patriotas!» No encuentro exacto este juicio, ni justa la inculpacion hecha á D. Carlos María de Bustamante. No veo yo en las palabras de este último, que se lamenta de que la patria no hubiese caido en manos de los Villagranes, de Osorno, de Arroyo ni de Bocardo, ni que los preconice como patriotas. Todo lo contrario; los presenta como mónstruos que deshonoraban la causa, y los pone como dignos de ser castigados por el gobierno que se estableciese, y de ninguna manera como acreedores á regir los destinos de la patria. D. Carlos María de Bustamante no estaba por los desórdenes, como no estaban los Rayones, ni Morelos,

ni Rosains, ni el doctor Cos, ni Teran, ni los Bravos, ni los Galianas, ni lo habian estado Allende, ni los Aldamas, ni Abasolo, ni Gimenez, ni Malo, ni otros muchos que entraron en la revolucion sin mas interés que el de formar del suelo en que nacieron, una nueva nacion independiente y soberana. A esos hombres que trabajaron por la independenciam con patriótico desinterés y no á los que la desconceptuaron con sus actos de vandalismo, era á los que la parte sensata del partido independiente preconizaba como patriotas. Si á los buenos les hubiera sido posible reducir al orden á los malos, sin duda que hubieran terminado las escenas de devastacion y de arbitrariedad tiránica; pero extendidos por diversas provincias los segundos y al frente de numerosas fuerzas que les habian reconocido como jefes, hubiera sido preciso emprender una guerra contra ellos, para la cual ni tenian suficiente ejército los que anhelaban el orden, ni era posible hacerla cuando se veian amagados continuamente por las tropas realistas, y sin punto fijo para establecer un gobierno respetable. Censúrese, pues, la conducta de los que no teniendo mas objeto que el desorden y el pillaje, faltaban á los deberes de la humanidad; pero elógiense, como es justo, los actos y los esfuerzos nobles de quienes no aspiraban á otro bien que al de realizar la independenciam de la patria. Así la censura será una leccion para los malos, pues les hará ver que su nombre pasará á la posteridad con una mancha afrentosa, por buena que sea la causa que defiendan, y el elogio á los buenos será un estímulo para que obren el bien los que aspiren á conquistar honrosa fama en la historia.

Como diariamente aparecian nuevos jefes de partidas insurrectas y la revolucion cundia rápidamente en diversos puntos, el virey dió el mando de la provincia de Puebla al brigadier de marina D. Santiago Irisarri, desde la marcha de Llano á Izúcar y despues á Cuautla, como queda referido. Siendo muy corta la fuerza de que podia disponer, pues se habia llevado Llano casi toda la que existia en la provincia, se dispuso que sin pérdida de momento marchase á Puebla el primer batallon del regimiento de infantería Americano que acababa de llegar de Cádiz á Veracruz, con su comandante Don Anselmo Gomendio, en el navío *Asia*, el 29 de Enero. El segundo batallon y varios transportes se habian quedado en la Habana. Los soldados eran todos andaluces, y fueron alegremente recibidos por los habitantes del puerto. Este cuerpo, alguna fuerza de caballería y los realistas de los pueblos, fueron las únicas tropas que el brigadier Irisarri tuvo á sus órdenes para hacer frente á las numerosas partidas insurrectas, cuyo número crecia diariamente. La gente que acaudillaban los jefes disidentes Arroyo y Camilo Suarez, demandadero este último del santuario de Ocotlan, se hallaba situada en 1812. las cumbres de Apulco. Unidos á ella los Enero á Mayo. indios de mas de veinte pueblos, por influjo del cura de Hucitlalpa, á quien daban el título de general, hostilizaban el pueblo de Zacapuaxtla, que era uno de los mas decididos por la causa realista. Como solo mediaba la corta distancia de dos leguas desde las expresadas cumbres de Apulco hasta Zacapuaxtla, los amagos á este último punto eran continuos. Con el fin

de desalojar á los insurrectos de las posiciones que ocupaban y evitar sus incursiones por las rancherías inmediatas, marchó á batirlos el 2 de Febrero D. Mariano Buen-Abad, teniente del batallon de Santo Domingo, llevando treinta hombres de su cuerpo, los realistas del pueblo y los indios del mismo, dirigidos por los eclesiásticos D. José Ignacio del Valle, D. Miguel Travanca y Fr. Luis Velasco. La accion se sostuvo con valor por una y otra parte; pero al fin fueron derrotados los independientes, y los realistas habiéndose hecho dueños del campamento, destruyeron sus fortificaciones y quemaron las barracas que les servian de alojamiento. El triunfo, sin embargo, costó á los del Gobierno algunas pérdidas, pues murió en la accion el capitan de realistas D. Joaquin Ayerdi (*e*), y fueron heridos el eclesiástico D. José Ignacio del Valle y Fray Luis Velasco. El primero de estos dos últimos manifestó un valor extraordinario en medio del combate, pues no obstante hallarse cubierto de sangre por la herida que habia recibido, anduvo como activo ayudante, llevando á los puntos mas peligrosos las órdenes que le comunicaba el jefe que mandaba la accion, y persiguió por espacio de seis leguas á los fugitivos.

En el opuesto extremo de la provincia, al pié de los gigantescos volcanes de Méjico capitaneaba otra partida de insurrectos un hombre cuya memoria hace estremecer de horror á los que abrigan dignos y humanitarios sentimientos. Se llamaba Vicente Gomez, asesino de los mas temibles de aquella época, que se habia lanzado á la revolucion, no por idea política, sino para dar

libre rienda á sus pasiones criminales, sin que reconociese la autoridad de nadie. Con su repugnante crueldad, adquirió el horrendo renombre de «el capador», con que ha pasado á la posteridad, pues castraba á los españoles que tenian la desgracia de caer prisioneros en sus manos, diciendo que lo hacia para que no propagasen su casta, dejándoles con la vida para hacer mas

1812. penosa su existencia (1). No comprendia, en Enero á Mayo. su falta de raciocinio, que esto equivalia á considerar como raza perniciosa á toda la clase blanca del país, sin excepcion de los caudillos de la independencia que descendian de españoles, y á tener por digna únicamente á la india pura, á la africana y á la mezcla de ambas. Vicente Gomez invadió el 25 de Febrero el pueblo de San Martin Texmelucan, situado en un pintoresco y ameno valle en que la agricultura ha llegado á su mayor perfeccion. La corta guarnicion se defendió con heroicidad, comprendiendo toda la crueldad del que les atacaba. Al saber la autoridad militar de Puebla el ataque emprendido por Gomez, envió en auxilio del destacamento que guarnecia el punto al coronel Don Cristóbal Ordoñez, sargento mayor del batallon Americano, con las compañías de granaderos y cazadores de éste. Vicente Gomez se retiró entonces, quemando una casa del pueblo y la hacienda llamada de San Cristóbal

(1) Don Lucas Alaman dice en una nota de su *Historia de Méjico*, tomo II, página 568, que muchos de sus lectores recordaban todavía en 1850 haber visto arrastrándose, para pedir limosna, en las calles de Méjico, á un infeliz soldado del batallon de Asturias, que quedó imposibilitado de resultas de esa bárbara operacion.

que estaba inmediata (1). D. Antonio Conti, capitán de cazadores del mismo cuerpo, y hombre de extraordinario valor y actividad, fué destinado con su compañía y una corta fuerza de realistas á la ciudad de Huejocingo, que se halla á corta distancia de San Martin Texmelucan. Huejocingo que, como tengo dicho al hablar de la llegada de Hernan Cortés, era una república independiente como era Tlaxcala, que se unió á los españoles espontáneamente para hacer la guerra á Moctezuma, obtuvo el título de ciudad y muchas prerogativas por los importantes servicios prestados á Cortés (2). Hoy Huejocingo es una poblacion de poca importancia comercial. La ciudad se hallaba en conmocion, y al acercarse á ella, el 13 de Marzo, D. Antonio Conti con la corta fuerza referida, los habitantes tocaron á rebato con las campanas y se colocaron en las torres de las iglesias y en las azoteas de las casas, dispuestos á rechazar á los realistas. Hasta las mujeres se manifestaron resueltas á defender la poblacion. El punto principal de defensa era la iglesia de San Francisco, templo sólido en que habian construido algunas trincheras. D. Antonio Conti, sin detenerse ante la actitud hostil de sus contrarios, hizo avanzar en tres destacamentos la diminuta columna que mandaba, y atacando con brío extraordinario se apoderó de la poblacion despues de una corta resistencia que los defensores opusieron.

(1) *Gaceta* de 3 de Marzo, núm. 192, fol. 232.

(2) Su verdadero nombre, en lengua india azteca, es *Huexotzinco*; pero que los españoles, encontrando difícil la pronunciacion india, llamaron Huejocingo.

Alcanzado el triunfo, Conti dirigió á los vecinos una proclama, manifestándoles que por sentimientos de humanidad se abstenia de castigarles, como merecian, por su rebelion; pero que se veria en el duro deber de hacerlo en caso de reincidencia (1).

Las fuerzas independientes que se hallaban en Izúcar atacaron el 23 de Abril la villa de Atlixco, cuyos vecinos se habian preparado con anticipacion á la defensa, construyendo trincheras y levantando una compañía de infantería y caballería, cuyo equipo, como he dicho en páginas anteriores, costearon sus habitantes, supliendo algunos de los vecinos mas de quince mil duros, para reintegrarse con lo que produjese una contribucion que se estableció para ello. A estas dos compañías, debidas á los solos esfuerzos de los vecinos de la poblacion, hay que agregar otra compañía del batallon Americano que, al mando del capitan D. Tomás Layseca, estaba de guarnicion. Los insurrectos se presentaron frente á Atlixco con fuerzas considerables y cinco piezas de artillería. El ataque fué vigoroso, y aunque los realistas hicieron una defensa heroica, hubieran sin duda sucumbido, á no haber llegado en auxilio de ellos, en los momentos mas criticos, una fuerza de doscientos hombres y un cañon que el gobernador de Puebla D. Santiago Irisarri, envió inmediatamente á las órdenes del coronel Ordoñez. Atacados los independientes

(1) Parte de D. Antonio Conti, inserto en la *Gaceta* de 2 de Abril, núm. 203, fol. 336.—Informe de P. Avendaño en la misma *Gaceta*, y parte de Casal en la de 21 de Abril, núm. 214, fol. 407.

por la espalda, se vieron precisados á desatender el ataque á la poblacion para defenderse de los que iban en auxilio de la guarnicion. Esto dió lugar á que Layseca hiciese una salida vigorosa, logrando desalojar á los insurrectos del convento de San Francisco y de otros puntos dominantes de que se habian hecho dueños, quitándoles su artillería. Los independientes se retiraron á la hacienda de las Ánimas. Layseca y Ordoñez, poniéndose entonces en combinacion, resolvieron atacarles en el sitio á que se habian retirado. Reunidas las fuerzas de ambos, se dirigieron á ejecutar su plan y lograron cercar por todas partes á sus contrarios. La situacion de éstos no podia ser mas comprometida, pues los realistas se habian propuesto obligarles á rendirse cerrándoles todos los caminos. Llegada la noche, los independientes, escogiendo la hora que juzgaron mas oportuna, formaron en columna, y se abrieron paso por entre las avanzadas enemigas (1). Desde que el brigadier realista Llano fué rechazado, como dejo dicho en su lugar, por el cura D. José María Sanchez de la Vega en el asalto dado al pueblo de Izúcar el 23 de Febrero, permaneció éste sin ser atacado por las fuerzas del Gobierno. El cura Matamoros, que

1812. despues del sitio de Cuautla se habia ido á Enero á Mayo. situar en aquel punto, sacó de él considerables recursos para continuar la campaña, organizó sus fuerzas, las instruyó y puso la plaza en un estado notable de defensa. Para perpetuar estos esfuerzos hechos por el

(1) *Gaceta* de 28 de Abril, n.º 217, fol. 473, y de 5 de Mayo, n.º 222, fol. 465.

expresado jefe independiente, se le ha dado á la poblacion de Izúcar el nombre de Matamoros, con que es conocida actualmente y que lo recibió desde el momento en que el país se constituyó en nacion independiente y soberana. Tepeaca, que fué la segunda villa fundada por Hernan Cortés en Nueva España, sucumbió al poder de las partidas insurrectas. Igual cosa sucedió con Tehuacan, segun veremos cuando llegue el momento de referir los progresos que hizo la revolucion en las provincias de Oajaca y Veracruz; y Tlaxcala, cuya fidelidad á España jamás se desmintió desde que se unió á Hernan Cortés para derrocar el imperio mejicano, que aspiraba á la conquista de las naciones de Anáhuac que aun conservaban su libertad, volvió á verse, al terminar el mes de Abril, fuertemente amenazada por las fuerzas insurrectas, contra quienes combatia sin descanso. No le quedaba al gobierno vireinal en la intendencia de Puebla, en los críticos momentos en que tenia ocupadas sus mejores tropas en el sitio de Cuautla, mas que la capital y algunas cortas poblaciones que, como Tlaxcala, sufrían frecuentes ataques de las partidas independientes, que se retiraban para volver á presentarse á los pocos dias. La comunicacion de unos puntos á otros se hallaba completamente cortada, y en Méjico no se pudo tener, por algunos meses, noticias de lo que pasaba en Jalapa y Veracruz, ni en estas poblaciones de lo que acontecia en la capital, hallándose los habitantes de todas en el mayor conflicto, por las funestas especies que los afectos á la causa de la independencia habian esparcido sobre la suerte que las expresadas ciudades habian tenido.

No obstante este estado preponderante de la revolucion en la intendencia de Puebla, no se juzgaban los jefes independientes Rosains y los que se babian reunido á él, en estado de resistir un ataque de las tropas realistas que habia en la capital de la misma provincia. Muy lejos de eso, creian muchos de ellos que podian ser derrotados muy fácilmente; y habiendo recibido aviso de que se disponía á marchar contra ellos una division, el cura D. José Rafael Tarelo, que fué el que indujo á Rosains á que entrase en la revolucion, escribió una carta al obispo Campillo diciéndole que todos se indultarian si no se les exigia que hiciesen demostracion ninguna exterior que
 1812. diese á conocer el paso que deseaban dar, Enero á Mayo. por el peligro en que les pondria. La contestacion del obispo fué favorable á la propuesta hecha, y en virtud de ella, trataron de realizar la proposicion los eclesiásticos Tarelo y Amador. El abogado D. Juan Nepomuceno Rosains, al saber el intento de ambos, puso preso al segundo y convocó una junta en San Salvador, ante la cual presentó la carta del obispo, y protestó que se hallaba mas que nunca resuelto á combatir por la causa de la independencia. En el mismo dia que se verificó la referida junta, llegó á la poblacion el abogado D. Rafael Argüelles, persona respetable de Orizaba, que con otros individuos habia concurrido, pocos dias antes, á una reunion que en Zongolica formó el cura Moctezuma con objeto de ponerse de acuerdo con Rosains y Osorno. Argüelles, que fué el encargado de desempeñar la comision, conferenció con Rosains para obrar en combinacion en los movimientos que se hicieran. Entretanto habia cor-